

LITURGIA, PASTORAL, RÚBRICAS

Hace algún tiempo —muchos aún pueden recordarlo— por liturgia acostumbraba a entenderse las *ceremonias* de la celebración. Los llamados *Manuales de liturgia* eran, en realidad, libros en los que se describía las maneras correctas de realizar los ritos litúrgicos conforme a lo que indicaban las normas en rojo de los libros litúrgicos (*rúbrica* se deriva de *ruber*, que en latín significa *rojo*).

En aquel contexto fue célebre —y muy conflictiva— la controversia que surgió cuando, al iniciarse el Movimiento litúrgico, sus primeros apóstoles reivindicaron para la liturgia, no sus simples maneras externas, sino todo el contenido de la piedad y de la oración de la Iglesia. El jesuita Navatel, en 1913, se puso furioso contra los nuevos liturgistas que pretendían, según él, apropiarse de la piedad y de la oración para incorporarla furtivamente a la liturgia. Decía el célebre jesuita belga: “La liturgia es únicamente la parte externa y sensible del culto divino, el conjunto de ceremonias que lo adoman”. Oppenheim, un sabio estudioso de principios del s. XX, a pesar de su visión ya científica de la liturgia, la describía aún de modo no muy lejano a Navatel: “La liturgia, decía este sabio autor, es la parte exclusivamente sensible, ceremonial y decorativa del culto católico”.

S. Pío X, sin llegar a definir lo que es la liturgia, sembró ya una primera semilla en el campo de la Iglesia en su *Motu Proprio* “*Tra le sollicitudini*” cuando presentó las celebraciones litúrgicas como “la fuente primera e indispensable del verdadero espíritu cristiano”. Pío XII en 1947 dio un paso más radical y definitivo cuando, con toda la autoridad del magisterio, en la Encíclica *Mediator Dei* reaccionó, de forma explícita y solemne, diciendo que: “Se desvían de la verdadera y genuina noción e idea de la liturgia quienes la consideran sólo como la parte externa y sensible del culto divino o un bello aparato de ceremonias”.

Con estas intervenciones del Papa el movimiento litúrgico, paso a paso y no sin resistencias por parte del ambiente, logró ir alejando esta visión rubricista de la liturgia. El Vaticano II ratificó de manera definitiva la presentación de liturgia que hiciera Pío XII y, copiando literalmente un célebre párrafo de *Mediator Dei*, podríamos decir que presentó ya una definición de liturgia lejana totalmente del rubricismo anteriormente reinante: “La liturgia, afirma *Sacrosanctum Concilium*, es el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo; en ella, los signos sensibles significan y, cada uno a su manera realizan la santificación del hombre; y así el cuerpo místico de Jesucristo, es decir, la cabeza y sus miembros, ejercen el culto público integro” (7,26).

Desde los días del movimiento litúrgico y sobre todo a partir del Vaticano II se ha impuesto, pues, otra visión o, por lo menos, otro vocabulario. Decimos “por lo menos otro vocabulario” porque no aseguraríamos que siempre se haya logrado el paso a una visión plenamente ontológica, espiritual y sacramental de la liturgia. Nos resulta inquietante ver cómo el quehacer litúrgico continua centrándose, preferentemente por lo menos, en los “ritos externos”. Altar de cara al pueblo, ejercicio de ministerios por parte de los fieles, cantos de la asamblea, actitudes exteriores comunes de los fieles... Todo esto en el fondo son aún “ceremonias”, parte sensible del Culto Divino”. Tiene razón Juan Pablo II, cuando a partir de *Vicesimus Quintus Annus* va repitiendo que la reforma ha terminado ya y que es hora de profundizar, de contemplar, de vivir espiritualmente lo que se contiene en los ritos de la liturgia.

Hoy el interés de los fieles y de sus pastores ya no son ciertamente las rúbricas (a veces incluso se las mira con desprecio y se prescinde de ellas, a pesar de que los ritos son también *parte integrante de la liturgia*). Hoy la expresión de moda es *Pastoral Litúrgica*.

Definir o presentar la liturgia como “ceremonias”, como la parte exterior del culto, era ciertamente reprobable y pobre. Pero —conviene subrayarlo— no porque la liturgia no contenga *necesariamente* ritos, ceremonias y elementos externos sino porque ellos son únicamente parte de la liturgia. Pero reducir la liturgia a la *pastoral litúrgica* tiene el mismo inconveniente. La liturgia es no únicamente *pastoral* sino, como la ha presentado el Vaticano II, “ejercicio del sacerdocio de Cristo”. La litur-

gia pertenece a todo el pueblo de los bautizados, no únicamente a los pastores. Y la pastoral litúrgica es lo propio de los pastores y de quienes les ayudan en la misión de apacentar a los fieles.

La *Pastoral litúrgica*, propiamente hablando, es la búsqueda de aquellos medios con que los pastores –y quienes les ayudan– mejor se servirán para que los fieles vivan con intensidad y profundidad la liturgia y sus ricos contenidos espirituales. Así como una cosa es la salud –y ella interesa a todos– y otra el estudio de la medicina –que únicamente interesa a los médicos– así una realidad es la vivencia de la liturgia –que interesa a todos los bautizados– y otra la *pastoral litúrgica* que es propia de quienes son responsables de la vida litúrgica de sus hermanos.

Analizando bien los conceptos casi diríamos que, en el fondo, quizá no hay tanta diferencia entre *rúbricas* y *pastoral litúrgica*. Ambas categorías pertenecen al papel ministerial de los pastores y de quienes les ayudan. Lo propio de los fieles es otra cosa: no la *pastoral litúrgica* sino la *participación plena, interna y externa* en la liturgia. Es más: si las palabras se entienden en su sentido más propio, hay que decir que las rúbricas forman parte de la *pastoral litúrgica*, es decir de aquella parte de la liturgia que corresponde a los pastores. Si los pastores realizan bien y expresivamente los gestos presidenciales y si los ministros cumplen de manera expresiva los gestos de la celebración –y todo ello son rúbricas– a los fieles les será más fácil una participación plena en la liturgia de la Iglesia. Las rúbricas son, pues, una parte importante de la *pastoral litúrgica*, es decir, del oficio de los pastores en el interior de la liturgia.

En nuestro momento histórico es necesario no dejarse llevar por visiones parciales y empobrecidas. El posconcilio quiso reaccionar contra la visión empobrecida de la liturgia que todo lo veía bajo el prisma de uno sólo de sus componentes: los gestos litúrgicos o rúbricas. Y en este ámbito de oposición erigió el ideal de la *pastoral litúrgica*. Evitemos que nuestros fieles y pastores, embriagados hoy por el contexto en que se vivió en los años del posconcilio (contexto de reformas de los ritos, reforma que competía singularmente a los pastores), se desvirtúe de nuevo la vivencia litúrgica y se centre todo en la *pastoral* que es la misión de los pastores que puede influir en los ritos, pero menos en la vivencia de los misterios que se celebran. – P.F.